

DATOS DISPONIBLES ACERCA DE LA REACCIÓN WORP

LION MILLER

Los primeros datos confirmados sobre Aldous Worp, niño, indican que, si bien aparentemente normal en la mayoría de los aspectos físicos, estaba considerado por vecinos, compañeros de juego y familiares como un idiota incurable. Sabemos también que era un niño tranquilo y de hábitos extremadamente sedentarios. El único sonido que se le oía proferir alguna vez era un agudo monosílabo, muy semejante a la expresión «¡Huy!»; esto sucedía únicamente al ser llamado para las comidas o, con menos frecuencia, al ser despertado su enigmático interés por algún estímulo externo, tal como una piedrecita de forma rara, un palo, o uno de sus propios nudillos.

Este niño súbitamente abandonó su inactividad habitual. Poco después de su sexto cumpleaños —esta estimación de tiempo es sólo aproximada, por desgracia—, Aldous Worp inició una serie de excursiones exploratorias al vertedero de la ciudad, localizado en la parte trasera de las propiedades de los Worp.

Después de unos cuantos viajes, el chico regresó una tarde a su hogar arrastrando una gran rueda dentada. Tras una ardua meditación, ocultó dicha rueda dentro de un gallinero vacío.

Así comenzó un proyecto que no terminó hasta transcurridos veinte años. El joven Worp avanzó a través de la niñez, la adolescencia y la juvenil virilidad, transportando miles de objetos metálicos, grandes y pequeños, de casi todas clases, hasta el gallinero. Dado que cualquier clase de educación formal se hallaba aparentemente más allá de su capacidad mental, sus padres veían complacidos la actividad que mantenía feliz y contento a Aldous. Cabe presumir que no les inquietaban los problemas de estética implicados.

Aldous Worp abandonó su autoimpuesta tarea tan bruscamente como la había iniciado. Durante casi un año —la estimación de tiempo es de nuevo aproximada debido a los insuficientes datos—, Aldous Worp permaneció dentro de los confines de la propiedad familiar. Cuando no estaba ocupado en necesidades corporales básicas tales como comer y dormir, se movía lentamente en torno a su montón de desechos sin ningún plan aparente.

Una mañana fue observado por su padre (como éste nos comunicó posteriormente) mientras se dedicaba a seleccionar ciertos objetos del montón y a ajustarlos unos con otros.

Debería advertirse aquí, en mi opinión, que ningún informe acerca de la Reacción Worp puede estar completo sin citas directas del padre de Aldous, Lambert Simnel Worp. Con respecto a la mencionada estructura, Worp padre ha declarado:

«El hecho que me llamó la atención fue que cada (tachado) cosa que cogía encajaba con alguna (tachado) otra. No (tachado) importaba que fuese un (tachado) muelle de cama o un (tachado) batidor de huevos estropeado; si el (tachado) muchacho lo introducía en otra (tachado) parte, permanecía allí.»

En lo referente a las herramientas empleadas por Aldous Worp, L. S. Worp ha manifestado: «Ninguna herramienta».

L. S. Worp nos ofrece luego una información más extensa al responder a una pregunta que transcribo aquí textualmente: *P* «¿Cómo diablos se las arregló para lograr que partes separadas se adhiriesen entre sí para formar un todo?» (Dr. Palmer) *R* «Los (tachado) pedazos se unieron más estrechamente que una malla (tachado), y nadie —lo que se dice *nadie*, señor— pudo separarlos.»

La estabilidad del conjunto era obvia, por cuanto el joven Aldous se encaramaba a menudo por aquel amasijo para añadir otra «parte», sin alterar su equilibrio en lo más mínimo.

Lo que precede, no obstante su concisión, son todos los antecedentes que poseemos del experimento en sí. Por su exacto relato de las circunstancias ocurridas en una de las demostraciones «controladas» de la Reacción Worp, nos hallamos en deuda con el comandante Herbert R. Armstrong, ingeniero del Ejército de los Estados Unidos y con el doctor Philip H. Eustace Cross, A. E. C., que estuvieron presentes.

Al parecer, exactamente a las 10:46 de la mañana, Aldous Worp tomó una rueda dentada muy vieja y herrumbrosa..., el primer objeto que había rescatado del olvido en el montón de chatarra, cuando sólo tenía seis años. Después de un momento de vacilación, trepó hasta lo alto de su mal construida estructura y se detuvo, para luego descender por su parte interna. Desapareció de la vista de estos expertos observadores durante varios minutos. (Dr. Cross: 4 minutos, 59 segundos; comandante Armstrong: 5 minutos, 2 segundos). Aldous reapareció por fin, bajó a gatas y miró fijamente su creación.

Reproducimos un fragmento de los informes combinados del comandante Armstrong y del doctor Cross:

«Después de permanecer como ausente por unos cuantos minutos, Worp se pegó a su ensamblaje, del que sobresalía una varilla con la bola de latón de un poste de cama unida a ella. Aldous Worp dio un ligero tirón a la bola. Lo que sucedió después fue absolutamente fantástico. Escuchamos un rumor creciente, parecido al de una catarata, que aumentó hasta convertirse en un fuerte estrépito. Aproximadamente quince segundos después, vimos un resplandor purpúreo que salía de *debajo* de la estructura. Luego, todo el conjunto de trastos se levantó en el aire hasta una altura de unos tres metros y permaneció flotando allí, inmóvil. Aldous brincó a su alrededor en una completa apariencia de júbilo y oímos claramente su observación «¡Huy!» por tres veces. Finalmente, se dirigió a un costado del fenómeno, alargó su mano por la parte inferior, dio vueltas a la herrumbrosa rueda de un molinillo de café y su «máquina» se posó con lentitud en el suelo.»

Se registró, por supuesto, una excitación considerable. Representantes de las Fuerzas Armadas, de la Prensa, de la A. E. C., de varias escuelas de estudios superiores, y otros organismos, llegaron en manadas. La comunicación con Aldous Worp era imposible, ya que el joven jamás aprendió a hablar. L. S. Worp, aunque profano, era un caballero serio y sincero, ansioso de ponerse al servicio de su país, pero las anteriores citas de sus conversaciones indican la escasa luz que le era posible arrojar sobre el problema. Los esfuerzos de observar el interior de la estructura valieron de poco, puesto que los más atentos y detallados análisis no lograron establecer otra hipótesis efectiva que «no es absolutamente nada más que un montón de chatarra» (Dr. Palmer). Por otra parte, el joven Worp se mostró claramente ofendido por tales investigaciones.

Sin embargo, hizo funcionar con placer su máquina y expuso repetidamente la «reacción» a todos los espectadores.

Las pruebas más exhaustivas —Geiger, electrónicos, Weisendonk, químicos, etcétera—, nada revelaron

Resultó imposible contener la curiosidad de la Prensa y, a primeras horas de la tarde del segundo día, los informadores de la televisión se presentaron en el lugar del acontecimiento.

Aldous Worp los miró un momento, luego hizo descender otra vez su invento al suelo. Con una expresión resuelta en su rostro, se encaramó hasta la cima, se deslizó por el interior y, pasado algún tiempo, reapareció con la vieja rueda dentada. La depositó cuidadosamente en el lugar que había ocupado en el gallinero. Sistemáticamente, y por orden de instalación, desmontó cada componente de su estructura y con el mayor cuidado lo devolvió a su primitivo lugar en el montón que había formado junto al gallinero.

En la actualidad, las partes integrantes de lo que constituyó la Reacción Worp se hallan esparcidas. Ignorando los casi histéricos ruegos de los científicos y de los militares, el silencioso Aldous Worp, tras desmantelar su máquina por completo y amontonar sus partes junto al gallinero, se hizo cargo de la pesada tarea de transportarlas de nuevo, una por una, a su primitivo lugar en el vertedero de la ciudad.

Hoy, impasible ante los ocasionales regaños de L. S. Worp, mudo en los ya poco frecuentes interrogatorios oficiales, Aldous Worp se sienta sobre una caja en el patio posterior de su casa solariega y mira serenamente en dirección al vertedero de la ciudad. Muy de tarde en tarde sus ojos se iluminan durante un momento, y dice «¡Huy!» con gran placidez.

FIN

Libros Tauro